

LOS VERANOS DE MI INFANCIA

CAPITULO 1

Los tirachinas y la caza furtiva de pájaros



Corrían los veranos de mediados de los años 50 y los chiquillos nos dedicábamos a hacer todo tipo de actividades, la mayoría nada buenas.

Como no existía el botellón ni los SMS, no teníamos más remedio que jugar a las chapas, a los güitos y a los cromos, pero siempre se le ocurría a alguien

que era mucho más divertido hacernos un tirachinas e irnos a cazar pájaros.

No había casi coches en Getafe, era muy difícil conseguir las preciadas gomas de neumático necesarias para construir esta arma, así que, había un verdadero comercio clandestino alrededor de este asunto, algunos zapateros remendones nos las vendían por una peseta e incluso, llegábamos a pagar una cincuenta por las dos tiras de goma de unos 25 centímetros, o sea, la paga semanal.

Si alguna vez encontrábamos un trozo de goma de neumático por ahí tirado, que era raro, lo troceábamos nosotros en tiras, secuestrando a escondidas las tijeras de la caja de costura de mi madre, motivo por el que alguna vez me llevé alguna colleja, primero porque mi madre no aprobaba que tuviera un tirachinas y, segundo, porque, además, ella argumentaba que cortar goma estropeaba el filo de las tijeras y luego no cortaban bien la tela.

Otra forma de hacerse con estas gomas era consiguiendo un trozo de los tubos de goma que se utilizaban para poner el suero por goteo y hacer transfusiones sanguíneas, (como no existía el hospital, esto se hacía con frecuencia en los domicilios), pero estas eran más difíciles aún de conseguir. También nos servían a veces las cámaras de las bicicletas, más asequibles porque bicicletas si había más, pero eran menos apreciadas porque el artefacto no tenía tanta fuerza.

La zapateta que era el trozo de cuero donde se alojaba la piedra o china, era más fácil de pillar, porque se extraía de cualquier zapato viejo. Y la horquilla, bien de palo aprovechando la bifurcación que convertía una rama en dos, o bien construyéndola con un alambre grueso, tampoco presentaba mucha dificultad.

El bramante o tramilla necesarios para ensamblar las 4 piezas, no se encontraba tan fácil como ahora, pero nos las ingeniábamos y lo conseguíamos a cambio de cromos, güitos o chapas. Eran tiempos de trueque.

Los tirachinas, -peligrosísimos desde mi ahora punto de vista de adulto-, no sólo servían para tirarle a los pájaros, también traíamos loco a Felipe Paniagua, que era el empleado del Ayuntamiento encargado del mantenimiento del alumbrado público, y que veía como las bombillas de las calles no llegaban al término de la vida útil prevista por el fabricante. Cosa que, en el fondo, algunas parejas de novios nos agradecían.

Otro pasatiempo que tenía como protagonista al tirachinas, eran las tardes de principios de otoño. La pared sur de la iglesia de la Magdalena, se poblaba de vencejos que hacían sus nidos en las grietas de las piedras, al entrar en el nido el animal se quedaba parado 2 ó 3 segundos y ese era nuestro blanco, aunque, para ser sincero, he de confesar que, en toda mi infancia, jamás acerté con mis pétreos proyectiles a ninguna de aquellas rapidísimas aves.

Como si era posible cazar algún ejemplar de esta especie, era haciendo un círculo de papel de unos 10 cm. con un agujero en el centro de unos 3 cm., el papel tenía que ser duro y fuerte a la vez que ligero, (un trozo de bolsa de plástico de las de ahora, hubiera sido perfecto, pero entonces no existían).

Con una piedra lisa unida a esta especie de rosquilla de papel, se lanzaba el conjunto al aire, la piedra caía rápidamente como es natural por el efecto de la gravedad, pero el papel quedaba flotando en el aire a merced del viento y, si había suerte y cogía alguna corriente de aire más cálido se elevaba. Los vencejos entonces se lanzaban cual camicaces a él, quedando prisioneros en el agujero central y cayendo al suelo por la traba de sus alas.

Solo por el espectáculo de ver a los vencejos lanzarse en busca del papel, seguramente engañados al pensar que era un gran insecto para su cena, ya merecía la pena el entretenimiento.

Era difícil conseguir el objetivo final porque, en la mayoría de los casos, cuando el vencejo entraba en el agujero central, el papel se quebraba y el animal quedaba liberado, pero alguna vez vi cazar alguno así.

La liga, era otra de las artes, (o mejor dicho, de las malas artes), para conseguir un pájaro vivo. Se trataba de hacer una crema pegajosa que se conseguía derritiendo el caucho de las suelas de los zapatos, embadurnar después con aquel mejunje un trocito de esparto o de junco y dejarlo en las ramas en las que se posaban los incautos animales. Cuando lo hacían, el pegamento y el junco quedaban adheridos a las plumas de sus alas y les impedían volar.

Se me ponen los pelos de punta solo de pensar que alguna vez hice semejante salvajada. Pido perdón públicamente por ello.

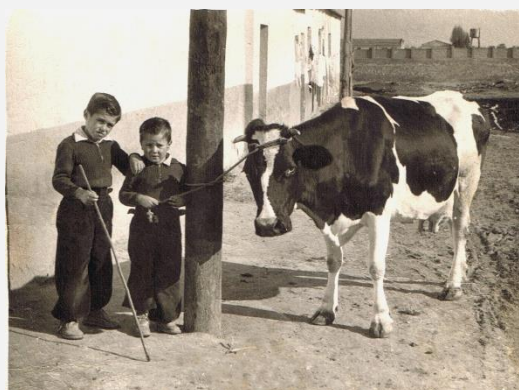
La caza furtiva con cepos de alambre, que muchas veces nos fabricábamos nosotros mismos, fue también casi una industria, había verdaderos profesionales que se dedicaban a este menester, para después vender los animales por docenas, ya pelados y limpios, a los bares de la calle Madrid, quienes los servían fritos para el deleite de sus clientes. Los pajaritos fritos eran una tapa bastante apreciada y, aunque es cierto que entonces había mucha más necesidad que ahora, no disculpo tampoco esta práctica, en la que alguna vez también participé pero, eso sí, solo fue para el consumo propio, también me avergüenzo de eso.

LOS VERANOS DE MI INFANCIA

CAPITULO 2

El día a día

Yo vivía en la calle de Leoncio Rojas. Mi calle, si no tenemos en cuenta el barrizal en que se convertía en los lluviosos días del invierno, era una calle estupenda, era ancha -o a mí así me lo parecía cuando era un canijo-, y no había ni pasaba ningún coche.



La puerta de mi casa, pintada de verde o gris unas veces y de color pardo, mezcla de varios colores, otras, todo según los excedentes de pintura que hubiera por casa en el momento de su remozado. Estaba abierta todo el día, y, si accidentalmente se cerraba, disponía de una cuerda atada al picaporte, cuyo extremo salía a la calle por un pequeño taladro en cantidad suficiente para tirar de ella y abrirla. Como he dicho, generalmente estaba abierta y únicamente franqueada con una cortina grisácea de rayas verticales que mi madre había confeccionado. Sólo se cerraba la puerta en las siestas y por la noche cuando nos íbamos a la cama.

La calle era tranquila y segura para los críos, era de tierra y los únicos accidentes previsibles eran, o un raspón en una rodilla o un codo jugando a pídola o bien un puntazo si se le escapaba a alguno la lima jugando al hínque, aunque esto último era más propio del invierno porque que estaba el suelo más blando por las lluvias.

Lo más peligroso que en los veranos transitaba por mi calle, el carro del “tío Camueso” como le llamaba mi madre, -no recuerdo su nombre-. El “Tío Camueso” era un buhonero que se dejaba ver de vez en cuando, con un destartado carro arrastrado por una borrica, que lentamente y parando cada 20 metros, transitaba las calles vendiendo fruta de temporada. El heladero también pasaba, aunque más de tarde en tarde con su carrito de mano. Y recuerdo también algún carro vendiendo botijos y cerámica como barreños y aquellos cántaros de barro con los que nuestras madres iban a la fuente.

Pero, más peligroso que el carro del “Tío Camueso”, mucho más, eran nuestros tirachinas y los arcos y flechas que nos fabricábamos con ramas de restos de las podas del invierno, que a veces amontonaban en las eras y en el vertedero. Cogíamos una rama del grosor de un pulgar y de aproximadamente un metro de longitud, le atábamos una cuerda fina a un extremo, lo tensábamos y se lo amarrábamos al otro formando un arma más peligrosa aún que el tirachinas.

Para las flechas elegíamos las ramas finas y más derechitas que encontrábamos. En la punta de la flecha poníamos un alambre roñoso, no había de otro, enrollado al objeto de que pesara más y, a veces, en la parte de atrás hacíamos una grieta con una navaja e insertábamos una pluma de gallina o de pavo. El dardo quedaba entonces con aspecto profesional y acorde con los modelos que veíamos en las películas de los indios Cochise o Jerónimo.

Y funcionaba, vaya que funcionaba, llegamos a lanzar flechas a casi 100 metros que caían y se hincaban en la tierra. Pero, como los críos no paramos de inventar, a alguien se le ocurrió que, para darle más realismo, podíamos insertar en la punta un clavo, también roñoso, porque no había de otros al menos a nuestro alcance, ya que los reciclábamos de los cajones del pescado o cualquier otra armadura que tiraban en el basurero.

Pues bien, como decía, en la punta hacíamos un corte, insertábamos el clavo y, con el alambre enrollado bien prieto, sujetábamos firmemente aquel arpón de pacotilla. Luego nos íbamos hasta la pared de aviación, que estaba 50 metros más cerca que ahora, ya que no existía el acceso al Sector III de ahora.

En aquella pared y sus aledaños había muchas lagartijas, así que las disparábamos a bocajarro y quedaban insertadas en nuestras flechas. No se me olvidará nunca que un día, al atardecer ya casi anocheciendo, jugando, lancé una flecha y esta fue a parar al párpado superior del ojo izquierdo de otro chico. La flecha quedó colgando del párpado.

Yo me puse de todos los colores. Gracias a que no iba con mucha fuerza no le produjo más que una pequeñísima herida en el párpado, tan pequeña que convinimos no decir nada a nuestros padres de lo ocurrido para no recibir unos merecidos tortazos y seguramente un fuerte castigo, y así fue, y nadie se enteró. Desde aquel día no volvimos a poner clavos en las puntas de las flechas y yo creo que tampoco a jugar con esos artefactos, al menos yo.

Junto a mi casa estaba la tahona de los hermanos Pleite cuya fachada trasera, -la delantera estaba en la calle de la Sierra-, discurría por mi calle con su muro blanco y diáfano (salvo un pequeño recodo que hacía enfrente de la casa de “Los Toribios”), con sus aproximadamente 8 metros de alta por unos 60 ó 70 metros de larga, y contra la que, desoyendo las recomendaciones de mi madre, estampábamos nuestros balones de fútbol de badana y correílla más

deformados que una pera, o las pelotas de goma que, a los que nos habíamos portado bien durante el año, los reyes magos nos habían dejado junto a los zapatos o nos habían obsequiado en el festival que, para los hijos de los obreros de C.A.S.A., se celebraba en los escolapios cada 5 de enero.

En aquella estupenda pared de blanco encalado, pintábamos, usando como rotulador un trozo de ladrillo, las tres líneas de color anaranjado, irregulares y torcidas, que constituían nuestra virtual portería de fútbol. Yo jugaba habitualmente de portero, y, a pesar de los muchos goles que me metieron, nadie jamás traspasó con el balón el umbral de aquellos tres imaginarios palos.

Casi todos los días de verano, mi hermano y yo íbamos a la huerta de mi abuelo. Nos desplazábamos en bicicleta (los dos en una eso sí, hasta que algunos veranos más tarde conseguimos otra bici para mí solo). Íbamos desde la calle Rojas hasta San Isidro y allí enfilábamos el camino que hoy es la carretera del cementerio. Al llegar a la altura del final de las pistas de la base, el camino daba un giro hacia la izquierda como lo hace hoy dicha carretera. Entonces nosotros, para atajar, seguíamos por la vereda que discurría a ambos lados de la vía, de apenas 60 centímetros de ancha, que estaba habilitada para que los peones hicieran el mantenimiento de los raíles. Y esa era nuestra ruta hasta el Prado de Acedinos. Poco interés tenía el recorrido, a excepción de unos árboles de albaricoques que había dentro de la base aérea.

Como antes no había valla, solíamos pararnos y nos poníamos ciegos de albaricoques, hasta el punto que alguna vez me hicieron daño. Seguíamos por la vereda de la vía hasta la casa de los guardabarreras que había al margen izquierdo en sentido hacia Parla.

Como a cien metros antes de la casa, cruzaba la vía un camino, como diez o doce metros antes de cruzar, a cada lado había un poste que sostenía, en su parte superior, un aspa blanca con letras negras en las que se leía, “atención al tren” “paso sin barreras”, su misión era advertir a todo viandante, carro, caballería o vehículo de la peligrosidad de cruzar por allí.

Después continuábamos unos 200 metros más, hasta llegar a una pendiente cuesta abajo muy pronunciada, que nos dejaba en la margen izquierda del arroyo Pinto.

Cruzábamos el arroyo, (Ahora parece mentira, pero en aquellos tiempos llegábamos a beber agua de su caudal), cruzábamos como digo, por un cochambroso puente hecho con traviesas de la vía y, a menos de 100 metros, estaba la casilla de la huerta de mi abuelo, nuestro destino.

Una vez aparcada la bici en la casilla que tenían para guardar los aperos de labranza y nos disponíamos a enredar todo lo que podíamos. Cogíamos una pera o una manzana de los árboles que circundaban la huerta, fruta a la que

todavía le faltaba mucho para madurar y mis tíos no paraban de repetirnos *¡niños dejar eso, no veis que están como una piedra!*, pero nosotros, como críos traviosos, no hacíamos ni puñetero caso. Después nos adentrábamos entre la selva que para nosotros constituía la plantación de tomates, comíamos un tomate directamente de la mata o un pepino, o arrancábamos una lechuga para comernos in situ sus tiernas hojas a palo seco.

Mi abuelo y mis tíos no decían nada, pero estaban todo el rato *¡muchachos, pero no piséis por ahí! ¿No veis que está recién regado?, ¡chico no te metas ahí! ¿No ves que lo acabamos de sembrar?*. Y así, día tras día de verano, mi madre se quedaba tan a gusto librándose de nosotros toda la mañana. Bueno... tan a gusto no, pues tenía que atender a mis otros dos hermanos más pequeños, a los cerdos, a las gallinas, la casa... (y no sigo nombrando porque el trabajo era muchísimo). Y esa, era quizás la razón por la nos dejaba marchar y por la que, mi abuelo y mis tíos, tenían que soportar todas nuestras chiquillerías.

Cuando empezaron a comercializarse los primeros aparatos de radio a transistores, mis tíos compraron una radio pequeña, de esas que cabían en la palma de la mano de un adulto. Como a mí me fascinaba aquello de poder escuchar a Antonio Molina cantar el “Yo soy minero” y “La estudiantina” en medio del campo, le pedía a mi tío que me lo dejara, ellos siempre accedían *“bueno pero ten cuidado”*. Ellos lo tenían allí en lo alto de un surco o colgado de la rama de un árbol. Y así, mientras quitaban las malas hierbas o regaban tenían su entretenimiento y, además, estaban informados de las noticias, sobre todo de las de fútbol, ellos eran y son buenos seguidores del Atlético de Madrid.

Recuerdo que un día cogí el pequeño aparato y, como me gustaba mucho enredar, empecé a cambiar de emisora y a joder la marrana, total que el transistor fue a parar a la cacera por donde pasaba el agua del riego y, ¡a tomar por el culo el aparato!

Aquello enmudeció de repente. Mi tío que lo vio me echó una bronca del quince. Rápidamente lo sacó del agua, lo despojó de su funda de piel, lo abrió, quitó las dos pilas que llevaba, y lo puso al sol para secarlo, y a mí y, a mi hermano que no había tenido nada que ver, nos mandó con viento fresco a casa, muy, pero que muy enfadado, llegó a decirnos, en caliente, claro, que no se nos ocurriera aparecer nunca más por allí.

Aquello me dolió un montón, no por la bronca, sino porque tenía toda la razón, me había dicho mil veces que tuviera cuidado, que no cogiera la radio, que no cambiara la emisora, que a ellos les gustaba Radio Intercontinental, que me estuviera quieto, etc. etc. etc.

Con aquella travesura, les habíamos dejado sin su distracción porque, además de la música ya no podrían oír las noticias, sobre todo las de deportes que tanto les interesaban, amén del coste del aparato que en aquellos tiempos

no eran tan baratos como ahora. Creo que después, seco ya el cacharro y con unas pilas nuevas, volvió a funcionar. Pero aquel verano ya no volvimos a aparecer por la huerta.

Luego por navidades, los reyes nos dejaron juguetes como todos los años en casa de mi abuelo y mis tíos, yo lo interpreté como que aquel año me había portado bien, así que, ¡pelillos a la mar! Al año siguiente, ya un poquitín mas adultos, volvimos a pasar muchas mañanas de verano allí, incluso mi hermano ayudaba algo a mis tíos en labores fáciles, como quitar malas hierbas y poco más.

Pero, al lento devenir de los días de verano, le quedaban aún las larguísimas tardes. Mi madre, que se levantaba tempranísimo, nos obligaba a echarnos la siesta contra nuestra voluntad. Total que, como nosotros no teníamos sueño, mi hermano y yo no parábamos de regañar y dar guerra en nuestra habitación. Moraleja, nosotros no dormíamos ni mi madre tampoco, así que se levantaba y, con la zapatilla y nuestro culo, solucionaba el asunto y así, tras el llanto por el dolor de los zapatillazos, conseguía que nos quedáramos dormidos un rato. Hoy seguramente la procesarían por maltratar a menores.

Otros días nos perdonaba la siesta, pero eso sí, a condición de que nos estuviésemos en el patio en silencio. La promesa era sincera, pero es que yo me aburría mucho, así que me ponía a hacer bricolaje, cualquier tabla o palo, convenientemente ensamblados con clavos me servía de juguete. Mi madre, al oír los martillazos del claveteo salía y zapatillazos al canto.

Cuando años después mi padre compró la televisión de la que luego hablaré, nos perdonaba la siesta y, mi hermano y yo, tirados en una manta en el suelo con una almohada o un cojín veíamos aquella serie del Oeste que se titulaba “Caravana” doblada en Sudamérica y una especie de serie de humor de producción nacional que se llamaba “La tortuga perezosa” del mismo corte que la revista “la Codorniz”, donde ya actuaban, humoristas principiantes como Tip y Coll y el también muy recordado Luis Barbero, que actuaba de camarero ofreciendo pastas y diciendo aquello de ¿una pastita?, no señor gracias, -contestaba el invitado-, ya he cogido dos y Luis Barbero le corregía diciendo, no, no, ya lleva usted tres.

Un día no sé por qué razón, fui yo solo a la huerta. Al llegar con la bici a la altura de la casa de los guardabarreras vi como, por el paso a nivel sin barreras del que he hablado antes, estaba terminando de pasar un rebaño de ovejas. Paso todo el rebaño pero, una oveja quedó rezagada y el tren la arroyo.

Aquel espectáculo no era para todos los públicos, pero yo lo tuve que presenciar sin remedio. El tren había seccionado a la oveja por el vientre en dos partes, quedó como si la hubieran cortado con un serrucho. Paré, me bajé de la bici y ayudé al pastor a retirarla de la vía.

La mujer del guardabarreras y su hijo salieron de la casa a toda prisa. El pastor, un chico joven de unos 20 años no sabía dónde meterse, por una negligencia suya (pues debía haber detenido al rebaño, en lugar de cruzar deprisa y corriendo), había perdido una cabeza de ganado. Se le debió iluminar entonces la mente, y dijo, *“señora si quiere la oveja se la doy, aproveche usted lo que pueda”*, y, dirigiéndose a mí en tono amenazante, me dijo, *“y tu chaval ni una palabra a nadie que no me entere yo de que has ido por ahí con el cuento”*. Por supuesto me callé y no hablé de aquel suceso con nadie hasta pasados por lo menos 15 años, tiempo que entendí prudente para levantar el secreto.

Ignoro como justificaría a su jefe la desaparición de la oveja, porque en mi casa, que también teníamos un rebaño, se contaban exhaustivamente todos los días al entrar en el redil cuando venían del campo y, me imagino, que el dueño de aquel rebaño haría lo mismo.

No tengo constancia de que hiciera tanto calor como ahora, no teníamos aire acondicionado ni ventilador y no nos quejábamos, no recuerdo especiales calores, yo creo que era porque las casas bajas con teja y cielo raso de caña nos protegían. Por cierto, la mía es la única casa baja que, en estos tiempos de 2012, aún queda en pie en esa calle.

La nevera era simple, mi madre metía las botellas del vino y de la gaseosa “La Casera” o “La Pitusa” en una bolsa de red y la sandía o el melón en otra, y las bajábamos al pozo con la soga y la garrucha hasta sumergirlas en el agua. A la hora de comer las izábamos y las tocábamos con las manos para asegurarnos que estaban bien frías, el sistema no tenía nada que envidiar a los frigoríficos modernos.

Después, un familiar que había prosperado más que nosotros, adquirió una nevera eléctrica y nos regaló su fresquera, ¿os acordáis? Era una especie de nevera con un compartimento de cinc arriba que tenía una puerta superior que servía para depositar el bloque de hielo, otro compartimento con la puerta frontal, para los alimentos y un último cajón abajo, también de cinc, que recogía el agua del deshielo. ¡Moraleja!... pues que, como ya me habían dado las vacaciones en el colegio, a un servidor le tocaba ir todos los días hasta la plaza del ayuntamiento, donde estaba entonces la fábrica de hielo que había junto a la tahona “El Siglo”, y todos los días lo mismo, un cuarto de barra de hielo -unos 5 kilos- que, por el módico precio de 1 peseta con 50 céntimos me metían en la bolsa de red y que le llevaba deprisa a mi madre, no fuera a ser que se me derritiera por el camino más de lo razonablemente necesario. Recuerdo que, si al partir el cuarto de barra saltaba algún pedazo pequeño, el señor me dejaba cogerlo y yo venía chupándolo por el camino como si de un exquisito helado se tratara. La bolsa pesaba y, aunque me la iba cambiando de mano a cada poco, al final se me quedaban bien marcadas en las manos las huellas de las dichas anillas.

Con este sistema conseguíamos refrescar lo que antes refrescábamos gratis en el pozo, ¡que modernidad!, ¿dónde estaba la ventaja? –me preguntaba yo.

Mi padre tenía alrededor de 100 ovejas y, en la época estival, no regresaban cada tarde a la cuadra como lo hacían el resto del año, sino que se quedaban en un redil hecho con teleras, que eran unas vallas movibles de madera de chopo de unos cuatro metros de largo por algo más de un metro de alto, (era un sistema parecido al de esas vallas amarillas que ahora se emplean para acordonar las calles o delimitar algunas obras pequeñas).

Se montaba el perímetro en las tierras de labor de los propietarios que se lo solicitaban y se movía cada día de sitio, o cada dos días a gusto del dueño de la tierra, al objeto de abonar el terreno con el estiércol de las rumiantes, labor por la que a mi padre le pagaban algún dinero, no mucho, los propietarios que le encargaban previamente que les “embasurase” la tierra, que era como llamaban a esa forma de abonar.

Al lado del redil se montaba “El chozo” que era una especie de tienda de campaña grande -o a mí me lo parecía-, donde dormía el pastor con su familia, y que, además de para guardar los cántaros de la leche, servía de vivienda de verano al pastor y su familia, si es que la tenía.

El chozo estaba hecho de carrizo -cañas finas y, aunque estas se conservaban de un año para otro, cada temporada había que reponer algunos paños, así que íbamos, con el carro de mi abuelo o con el tractor y el remolque de mis tíos, al Arroyo de Cuniebles, justo a la entrada de la “Cueva de Cuniebles”. Y, mientras los mayores cortaban con sus hoces las cañas y juncias para reponer las estropeadas del chozo, mi hermano y yo intentábamos sin éxito cazar al alguna rana y estudiábamos la forma de enredar intentando entrar en la cueva, cosa harto peligrosa porque estaba inundada de agua.

Las cañas después se ataban con las juncias o con cuerdas unas con otras, formando paños de unos dos metros cuadrados, que servían de tejat al chozo. Más de una vez vimos una culebra dentro del chozo, que había entrado buscando quizás la sombra fresca que las cañas proporcionaban y huyendo en los calores del estío.

Así que, cada tarde de verano, al venir mi padre de su trabajo en Construcciones Aeronáuticas, ni siquiera metía la bicicleta en casa, la dejaba en la puerta, porque, tras reponer fuerzas con una ligera merienda, cargaba, en las aguaderas que montaba a cada lado del sillín trasero, dos cántaros de hoja de lata de unos 15 litros cada uno llenos de agua, en el sillín montaba a mi hermano Paco y en la barra a un servidor.

Y así, con pesados y lentos pedaleos por la sobrecarga, llegábamos al chozo y al redil, que estaba más o menos por donde está ahora el cementerio, al final

de las pistas de la base aérea que entonces no tenía valla, mi hermano y yo corríamos hasta el cemento de las pistas y echábamos allí alguna carrera. Intercambiaba mi padre novedades con el pastor, e intercambiaba también los cántaros, le dejaba los de agua para su consumo y para la higiene de los cacharros de ordeñar y nos traíamos los de leche, para llevarlos al día siguiente mi hermano y yo, con una carretilla que tenía dos agujeros para introducir los cántaros, a “Las Chumberas” que era la fábrica de quesos que estaba al final de la calle Madrid a la altura de las casas del sindicato.

De vuelta nos traíamos el suero excedente de la fabricación de los quesos, que nos daban y que mi madre usaba para mezclarlo con pan duro y alimentar a dos o tres cerdos que también, junto con algunas gallinas, criábamos en casa.

Recuerdo que un día de verano mi casa se alborotó de pronto, alguien vino de madrugada, antes de que mi padre partiera para su trabajo, a traer noticias del pastor, malas noticias, por lo visto unos perros asilvestrados procedentes de las canteras de yeso que había detrás de Construcciones Aeronáuticas, habían atacado al rebaño y nos habían matado dos corderas grandes. El disgusto se hizo patente, mi padre fue a la fábrica y pidió permiso para faltar, después se fue hasta el chozo con su bicicleta y se trajo como pudo las dos corderas degolladas por los perros. Las quitó la piel y las vísceras y, para aprovechar la carne más magra, o sea, los lomos y las piernas, mi madre compró algo de tocino, lo picó todo con aquella dichosa máquina de manivela y, aunque no era el tiempo para ello, hizo al menos 200 longanizas que bien nos vinieron luego en el invierno.

Quiero contaros también que, cuando mi madre ya tenía, en un barreño grande de barro de aquellos esmaltados por dentro de amarillo, todo el picadillo listo para preparar los chorizos, lo dejó un momento en el suelo del pasillo y, un servidor, en uno de los saltos de mis sus alocados juegos, metió un pié, con zapato incluido, dentro del picadillo. La bronca fue monumental, pero vamos, que no por eso dejó de darle al picadillo su aprovechamiento, no estaban los tiempos para tirar.

A la semana siguiente, los mismos perros, nos mataron once ovejas. Pero esta vez ocurrió que a los de la granja de aviación también les habían matado algunas, así que organizaron una batida, salieron dos Geep de la base con varios soldados armados y algún oficial. Antes de mediodía, habían localizado y acribillado a balazos a los perros culpables de aquel estropicio.

Resuelto el problema de los perros, nuestras ovejas muertas, junto con las de las de la granja de la base aérea, fueron trasladadas en un camión militar al matadero municipal que había en la calle Perate esquina a calle Rojas, a la espera de que el veterinario determinase, si se podía aprovechar o no su carne.

También trajeron los cuerpos sin vida de los 4 ó 5 perros que formaban la delictiva jauría, de cuyos análisis dependía la decisión que habría de tomar el veterinario de autorizar o no el consumo de la carne

Los militares de la granja de la base aérea pidieron a mi padre que, ya que ellos se habían encargado de eliminar a los perros y de trasladar las ovejas muertas al matadero, fuera ahora él el que se encargara de llevar las cabezas de los perros a Madrid, a lo que entonces era, más o menos lo que hoy es el Instituto de Toxicología, para verificar si los perros padecían la rabia o alguna otra enfermedad.

El veterinario municipal que conocía bien a mi padre por su condición de ganadero, le cogió aparte y le dijo: mira Julio, te voy a dar un consejo, si quieren analizar las cabezas de los perros que las lleven ellos. Ni se te ocurra hacerlo a ti. Primero -le insistió el veterinario-, porque los resultados tardarán al menos 14 días y para entonces la carne ya no estará en condiciones y, segundo, porque si las cabezas las llevas tú, además de tener que correr con los gastos del transporte, (seguramente un taxi, porque supongo que no se podían llevar en el autobús las cabezas de 5 perros), te harán pagar a ti el coste de las analíticas, así que ni se te ocurra. Mi padre siguió el consejo del veterinario y se resignó a perder aquellos cuartos que cualquier carnicero le hubiera pagado por las 11 ovejas en el hipotético caso de haber sido aprovechable su carne. El chorizo o longaniza hecho con la carne de las dos corderas nos lo comimos y aquí estamos.

Otra anécdota curiosa fue la que le sucedió a mi madre con los pollos. Resulta que al principio de la primavera solía coger 15 ó 20 huevos de las gallinas y los incubaba improvisando la clásica incubadora casera que algunos recordareis. Se trataba de meter los huevos en un puchero grande de barro y meter, también dentro, una bombilla de pocos vatios encendida para, suplir con su calor el calor que, más o menos, proporcionaría una gallina clueca. Es verdad que algunas veces fui con mi madre a Madrid a llevarlos a una incubadora industrial, pero pocas, creo que porque debía ser caro y además trastornaba mucho ir con los huevos hasta Madrid y venir 22 días después con todos los pollos en el autobús. Quizás por esto la mayoría de las veces lo vi hacer en casa. Todavía no sé cómo no salimos ardiendo con aquel dichoso mini-horno al que además se le echaba un paño encima.

De aquellos huevos no todos llegaban al feliz término, pero una docena de pollos si sacaba al menos cada año. Pues bien, ella había visto a una vecina, perita en la materia, como hacía aquello de capar a los pollos para así tener unos pollos grandes y hermosos que bien nos vendrían luego para navidades.

Mi madre creyó que, con aquella clase práctica, había adquirido la pericia suficiente para hacerlo ella sola y así tener unos preciosos capones en el

invierno. Total, era tan sencillo como coger un cuchillo, cortarles las criadillas como había visto hacer tantas veces a la vecina y después coser con hilo y aguja la pequeña herida causada. Y, como mi madre no se echaba nunca para atrás, ni corta ni perezosa una mañana se pertrechó de un cuchillo bien afiliado que le serviría de bisturí, aguja e hilo, y capó, nada más y nada menos que a los 11 pollos que tenía en el corral de la hornada de principios de primavera.

Se fue mi madre a hacer la compra diaria a la plaza, tranquila y satisfecha de lo fácil y lo barato que le había resultado la cirugía practicada y del maravilloso éxito obtenido.

Cuando volvió aproximadamente hora y media después se encontró con los once pollos perfectamente capados y perfectamente muertos. La carne de los pollos se aprovechó, claro está, pero tuvo que darlos casi todos a las vecinas y familiares porque nosotros no podíamos consumir tanto pollo en dos o tres días que a lo máximo hubieran aguantado en la fresquera.

Para que sirviera de cama a las ovejas, en la cuadra, cada pocos días, se esparcía paja limpia en el suelo. Para ello era necesario llenar el pajar en la época de la trilla, o sea, en el mes de julio. Así que mi padre se procuraba paja comprándola a los labradores en las mismas eras donde se trillaba, donde siempre se hacían un buen montón tras ser separada del grano. Venían los carros cargados y mi padre, alguno de mis tíos y nosotros, estábamos casi una semana llenando el pajar. Cada vez que encerrábamos un carro, mi hermano y yo nos subíamos a lo alto del montón para aplastarlo un poco y así reducir el volumen. No hace falta que explique lo que picaba el cuerpo después de estas labores, picores polvorientos que se hubieran remediado fácilmente con una buena ducha, pero no, ¡no señor!, nosotros no teníamos ducha, ni nosotros ni nadie, porque en Getafe no había aún agua corriente. Así que mi madre llenaba un bidón que tenía al sol, con agua que sacaba del pozo y allí nos sumergíamos mi padre, mi hermano y yo, por turnos, para mitigar un poco aquella sensación.

Justo a medio metro de nuestra fachada, había un poste de la luz con un transformador que daba servicio a los hornos de la panificadora. Recuerdo que un día a eso de las 8 de la mañana mi madre empezó a dar gritos de angustia, se metió en el dormitorio donde estábamos mi hermano y yo y nos sacó a la calle corriendo en calzoncillos y camiseta de tirantes que era el pijama de verano que nos gastábamos.

Lo que pasaba era que el transformador de los Pleite estaba ardiendo y el pajar de mi casa estaba justamente debajo. Mi madre temió, con buen criterio, que, aunque estaba cubierto, el pajar y la casa podían salir ardiendo, así que no dudó en sacarnos de allí a toda prisa. Más de un cuarto de hora estuvimos en calzoncillos en la calle para mi vergüenza, porque yo siempre he tenido mucho

pudor y, para más inri, Teresa, una chica de la calle que me gustaba y que era “mi novia” aunque ella no lo sabía, era espectadora de primera fila.

Otro de los sucesos que se repetía, aunque de tarde en tarde, era el show que montaba algún mendigo fingiendo, o de veras no estoy seguro, un ataque epiléptico. Estos acontecimientos los vi en varias ocasiones y con distintos mendigos. Primero se sentaban en la acera que daba la sombra, allí con su aspecto desarrapado, los chavales le hacíamos un pequeño corrillo, pero ellos elegían, creo, el momento en que pasara algún adulto y entonces se tumbaban retorciéndose por el suelo como posesos y echando espuma por la boca.

Las vecinas al verlo salían a socorrerle, en un par de minutos se les pasaba totalmente el mal y contaban que eran epilépticos y que no tenían dinero para el tratamiento. Enseguida las vecinas le daban unas monedas, un bocadillo y un poco de agua. Recuerdo especialmente a uno que, al darle el vaso de agua pidió que se lo cambiaran por un vaso de vino. Por eso mis sospechas de que los ataques eran fingidos o provocados precisamente por beber alcohol.

Y así, más o menos, transcurría el día a día en aquellos veranos que ahora recuerdo con tanta nostalgia.

LOS VERANOS DE MI INFANCIA

CAPITULO 3

El fresco de las noches de verano



Cada día, al ponerse al sol, algunas vecinas que no tenían placa de carbón en la cocina, como nosotros, -maravilloso invento para el invierno y un poco menos estupendo en verano-, salían a la calle con sus hornillas de hoja de lata, encendían el carbón de encina que colocaban dentro y, una vez exentas de humo, las metían en casa para poder freír esos huevos y esas patatas que muchas noches constituían el menú de la cena.

Mientras tanto, ya puesto el sol, raro el día que los críos jugábamos a echar carreras hasta el matadero o dar la vuelta a la manzana por la calle de la Sierra, y cuando no, a hacer circo o teatro robando a nuestras madres un delantal o una toalla vieja, para vestirnos como los artistas. Yo hago de espadachín -decía uno-, yo de pistolero -decía otro-, lo único que nos faltaba eran, las cámaras y Pedro Almodóvar de director.

Yo me moría de ganas por jugar con las chicas, pero no había forma, los chicos con los chicos y las chicas con las chicas -repetían sin apiadarse mí-. Además, si alguna vez conseguía que las niñas me aceptaran en sus juegos, mis amigos me decían "mariquita", acusación que nunca entendí y, aun a día de hoy, sigo sin entender y yo sigo prefiriendo jugar con las chicas.

Pero lo mejor llegaba a eso de las 10 de la noche, anochecía un poco antes que ahora (no se había inventado aun lo del cambio horario).

Como un ritual litúrgico, después de la cena, los vecinos íbamos, lentamente, saliendo a la calle con nuestra silla de anea o nuestra hamaca de lona y anexionándonos a un corrillo que se formaba en la puerta del señor Mecho, -mi vecino de enfrente-, y, poco a poco, íbamos agrandando el círculo.

Las tertulias surgían solas, y, sin necesidad de moderador, discurrían las conversaciones entre chistes, chascarrillos y sucesos, a veces macabros que había publicado el semanario “El Caso”, entre los que hubo un suceso muy comentado y que fue el de Jarabo, caso que nos interesaba porque este tipejo, había matado a cuatro personas, una de ellas Paulina, hermana de Víctor uno de nuestros vecinos de la calle Valdemoro y muy amigo de mis padres. La tal Paulina era la muchacha que estaba de sirvienta en la casa donde este despreciable sujeto cometió sus crímenes.

El señor el señor Demetrio, al que familiarmente llamábamos “Mecho”, - hombre moreno de tez bien curtida de bigote muy poblado-, miraba la pared blanca de la fachada trasera de los hornos Pleite que teníamos enfrente y utópicamente comentaba, *“anda que no nos vendría bien si tuviéramos una máquina de cine”*, la pantalla ya la tenemos, -refiriéndose a la pared-, solo nos falta el proyector y la película.

Mi padre, desde la posición privilegiada de su hamaca, nos explicaba las constelaciones, *“mira la Osa Mayor”*, -decía con el dedo apuntando al cielo- *“y aquél es Marte y aquella otra formación es la Osa Menor y fijaros bien, porque en ella se aloja la Estrella Polar”*, nos decía como orientarnos con ella, observábamos algunos puntos luminosos móviles y nos explicaba que eran satélites artificiales y nos retaba a levantarnos temprano para ver el lucero del alba (Venus). En fin, toda una forma práctica de aprender sin esforzarse a la par que divertida. También nos hablaba de las Cabañuelas y del Calendario Zaragozano y decía que del tiempo que hiciera los primeros 12 días de Agosto, dependía el tiempo de los 12 meses del año siguiente y que en abril tenía que llover al menos 14 días.

Muchas noches, el señor Mecho y el Señor Agapito, ambos buenos cazadores, nos relataban, -seguramente con un puntito de exageración- sus proezas matando liebres, perdices, codornices y demás fauna comestible, y de cómo burlaban a la guardia civil cuando llevaban caza furtiva. Nos detallaban con pelos, señales e interpretación incluida, como habiendo cazado 6 perdices con la veda cerrada, divisaron a la guardia civil y las tiraron entre las hierbas para, al llegar a su altura, haberse ya deshecho del cuerpo del delito.

Contaban que los guardias, tras el saludo reglamentario, les pedían las licencias de armas y de caza, todo para terminar compartiendo almuerzo con los picoletos y liándose con ellos un cigarro de aquel tabaco que llamaban “Caldo de Gallina”.

Decían que los civiles eran más furtivos que ellos, que a veces les requisaban la caza por ilegal, pero que, en realidad, el fin que perseguían era que el producto requisado terminara en los fogones de su casa.

Contaban las mismas historias verano tras verano, a veces, en vez de 6 perdices eran 12 y en lugar de 2 guardias civiles eran 4, cosas de cazadores.

A mí me gustaba ir a veces a su casa para ver como recargaban los cartuchos, eran otros tiempos y había que abaratar costes, compraban todo por separado, los perdigones (de mayor o menor calibre según fueran para codornices, perdices o liebres), la pólvora, la estopa, los fulminantes. Rellenaban todo en las vainas de cartón ya usadas que reciclaban y, con una pequeña prensa, cerraban el cartucho volviendo así a producir munición a menor coste para sus días de caza.

En aquellas tertulias, se contaban chistes para todos los públicos e historias imaginarias. La señora Patro, mujer siempre vestida de negro con su mandilón y su pañuelo en la cabeza, también negros, nos refería con detalle como era su pueblo natal, Cabezuela del Valle, el frescor del agua de sus gargantas y el dulzor de las cerezas y de la fruta del Valle del Jerte.

Mi madre contaba por enésima vez, como, de soltera y estando con su madrastra cosiendo en la puerta de su casa, vieron llegar a dos gitanas con un rollo tela para sábanas, y de cómo se interesaron por el género, y como entre las dos gitanas, usando la cinta de aquellas amarillas de metro y medio que tenía mi madre en el cesto de la costura, midieron un trozo suficiente para confeccionar un juego de sábanas. Contaba como una vez adquirida y pagada la mercancía y ya perdidas de vista las gitanas, a ambas les parecía escasa la tela para hacer el dichoso juego de sábanas, así que se metieron en la casa, doblaron por la mitad el trozo y, efectivamente aquello no cubría la cama ni de de lejos. Minutos después advertirían que las gitanas, antes de empezar la medición, habían cortado más de una cuarta la cinta de medir de mi madre.

La señora Petra -esposa de Mecho- nos hacía reír contando la anécdota ocurrida años antes el día de Noche Buena. Resulta que Mecho, además de su trabajo en Construcciones Aeronáuticas, los domingos se dedicaba a la venta ambulante de confección y algo de perfumería y solía ir con su moto Guzzi a la que, como podía, enganchaba un carrito de dos ruedas en el que colocaba toda su mercancía. Todos los domingos del año se convertía en buhonero y marchaba a abastecer de telas y prendas de vestir, sobre todo mudas y pequeña confección, a los pequeños barrios que entonces eran Perales del Rio y la Marañososa, donde, por cierto, tenían algo de familia.

Pues bien, llegado el día 24 de diciembre, se dispusieron a ir a cenar a Perales con su familia. La señora Petra había estado cocinando toda la tarde. Preparada ya la gallina en pepitoria y los turrónes, el señor Mecho, como si de una rulot se

tratara, enganchó el carrito y montó en él una silla de las de la casa, que ató convenientemente con cuerdas y alambres a la débil estructura del improvisado remolque. A la grupa de la moto su hija mayor, en el carrito, sentada en la silla, la señora Petra con su hijo Domingo en su regazo y, la cena, en cazuelas bien sujetas repartidas por toda la superficie el carrito. (El carrito, que tantas veces le vi preparar con el género para la venta, era de aproximadamente 1 metro cuadrado, perimetrado por una barandilla de tubo de aproximadamente 50 cm de altura y con una lanza de aproximadamente un metro de larga que, en su extremo, tenía una cruceta que servía como asidero donde se enganchaba con la moto, imaginaros la escena).

Comenzada la “excursión” -contaba la señora Petra-, llegaron bien hasta el Cerro de los Ángeles, allí se acabó la carretera pavimentada, -que entonces era de adoquines-, y comenzó el camino hasta Perales, previsiblemente en no muy buen estado debido a las fechas.

No habían transcurrido más de 200 metros por el angosto camino, cuando el carrito se desenganchó, pero el señor Mecho, seguramente abrigado con un buen gorro que le taparía las orejas, no se percató hasta que llegó al destino y, ni su hija ni él, notaron la pérdida. Si refería el señor Mecho entre risas, cuando lo contaban, que lo que sí había notado era que la moto iba con más alegría.

Casi una hora, -decía la señora Petra- estuvimos mi hijo y yo sentadas en el carrito varado, hasta que por fin apareció la luz de la moto a lo lejos en su rescate. Bromeaba el señor Mecho de nuevo diciendo: bueno, bueno, volví porque en el carro estaba la cena que si no..., y la señora Petra y todos nos reíamos.

Eso daba pie a mi madre para contarnos aquella cena de navidad de recién acabada la guerra. Resulta que mi abuela había conseguido, no sé donde, media docena de huevos, cosa casi imposible en la posguerra del estraperlo y las escaseces. Decidieron hacer, como cena de Nochebuena, unas patatas guisadas a lo pobre (o sea sin carne) y escalfar los seis huevos para que aquello tuviera un poco más de consistencia.

Pues bien resultó que uno de los huevos estaba malo, y, al probar el guiso comprobaron que el sabor a podrido del dichoso huevo había contaminado toda la olla, lo que les arruinó la cena que sustituyeron... por... pues por nada, yéndose todos a la cama con el estómago relleno por el trozo de pan de la ración de cada uno que tampoco era muy abundante precisamente.

Otras veces mi madre nos contaba con pelos y señales su aventura como cirujana de pollos, o se quejaba amargamente de su adolescencia. Se quejaba sobre todo, de haberse quedado huérfana de madre a los 16 años y haber tenido que bregar con su padre y sus cuatro hermanos varones haciéndose cargo de la casa, de sus ropas y de sus comidas. Nos contaba como su padre la había escalabrado un día lanzándole una cuchara a la cabeza por estar la comida sosa

o salada o por alguna contestación a las exigencias de mi abuelo. Una frase muy usada por mi madre cuando nos reñía era *“a mí me escalabró mi padre con una cuchara y yo te voy a escalabrar a ti con un cucharón”*.

Se contaban mil historias, reales o inventadas o mezcla de ambas.

A los chiquillos todo aquello nos parecía fantástico, lo pasábamos tan bien, que el momento de irse a la cama suponía casi una rabieta para nosotros que queríamos alargar interminablemente aquello. Pero, inevitablemente, al día siguiente los mayores tenían que ir a trabajar, así que, sí o sí, la velada concluía, cada uno cogía su silla y todos a la cama, y los chiquillos decíamos aquello de *“por allí una vaca, por allí un carnero, cada uno a su agujero”*.

No éramos los únicos que formábamos corrillo, había corrillos por toda la calle cada 20 ó 30 metros, de vez en cuando venía algún tráfugo de otro corrillo al oír nuestras risas y se unía a nosotros, lo que también ocurría, al contrario.

La velada terminaba quisiéramos los críos o no, pero un poco antes de retirarnos, siempre, siempre venía el señor Paulino de otro corrillo que se formaba un poco más abajo. Se acercaba a nosotros con su hamaca, ya recogida del brazo, para desearnos las buenas noches y decirnos siempre lo mismo, que él se iba ya porque se debía levantar más temprano, ya que tenía no se qué función que hacer en “La Uralita” que era donde trabajaba y entraba antes que los demás.

Así se repitió varios veranos, hasta que un buen día mi padre compró una televisión VerAmVa (Vergara-Amor-Valtierra). Era un cajón de madera de aproximadamente 80 centímetros de arista, con una pantalla, lo recuerdo bien, de 14 pulgadas que parecía una pelota luminosa en el centro del cajón. Pues bien, llegado el buen tiempo desde el mismo sitio que ocupaba en el salón de mi casa, la daba la vuelta 180 grados para que se viera desde la calle, eso sí, tras la reja de la ventana. Entonces el corrillo cambió ligeramente su ubicación y, en vez de formar un círculo, formábamos un arco alrededor de la tele.

Desde ese preciso instante la diversión cambió, nos creíamos más felices, veíamos “Gran Parada”, con sus presentadores Franz Johan, Gustavo Re y a Herta Frankel con su perrita Marilín, veíamos “Bonanza”, “El Virginiano”, “Rin Tin Tin”, “Annie Oakle” y “Reina por un Día”, etc. Aquello era maravilloso, salían malabaristas, prestidigitadores, faquires, cantantes y humoristas, ¡qué bonito!

Pero, oh decepción, pronto me di cuenta de que los vecinos ya no hablaban, Mecho y Agapito ya no contaban sus anécdotas de caza, ya no se comentaban los sucesos de “El Caso” y los crímenes del tal Jarabo, y la señora Patro ya no nos licuaba la boca describiendo las cerezas de Cabezuela del Valle. Mi madre dejó de contar el timo que le hicieron las gitanas con la pieza de tela de las sábanas y nunca más nos deleitó con el episodio de la castración de los pollos.

Tampoco se contaban chistes para todos los públicos, ni el señor Mecho volvió a plantear la utópica posibilidad de tener una máquina de cine para proyectar películas sobre la blanca pared trasera de la panificadora de los Pleite, ni la señora Petra nos volvió a contar nunca más las vicisitudes de su maravilloso tour de aquella inolvidable Noche Buena.

Ni siquiera los críos hablábamos, permanecíamos frente a aquel mágico cajón con la boca abierta totalmente absortos y embobados. Es más, si alguien hablaba se le mandaba callar con un chissssss.

Y la cosa fue a peor, al poco tiempo cada vecino fue adquiriendo su propia “Caja Tonta” y su propio ventilador, o sea, el kit completo para no tener que salir a la calle a tomar el fresco y, en dos o tres años, se perdió totalmente la sana costumbre de tomar el fresco y charlar con los vecinos.

Y así fue como la magia de la televisión acabó con la magia de tomar el fresco en la calle y de paso con las tertulias de las noches de verano, uno de los mejores hábitos que yo recuerdo de mi infancia. Aquél hábito que nos permitía conocernos más y mejor, que, además de entretenernos nos permitía aprender de experiencias ajenas y oír relatos que no oíamos en la radio, ni venían en los libros de texto ni salían en la maravillosa televisión y, sobre todo porque aquella costumbre nos permitía oír aquellas historias de primera mano.

Hoy día ya, no solo no hablamos con los vecinos, sino que, en muchos casos ni siquiera los conocemos. Por eso, no nos quedó más remedio que identificarnos con aquella canción de Joan Manuel Serrat cuyo título es “*A quien corresponda*” que decía “...*que las manzanas no huelen, que nadie conoce al vecino, que a los viejos se les aparta después de habernos servido bien...*” y que recomiendo encarecidamente a todos que escuchéis de vez en cuando, sobre todo, para no perder el norte de nuestras particulares historias.

Ángel Pingarrón